EN EL SANTUARIO DE WILLIAM FAULKNER

> «¡En nombre de Dios, Jefferson!»; «Jefferson, Mississippi», agregó otro; «Jefferson, condado de Yoknapatawpha, Mississippi», corrigió un tercero, el cual, éste, ni siquiera se percató entonces de que aquello era todavía un conjunto aliento, un sueño unánime, caviloso y extático, harto capaz de permanecer en el pasado amanecer también.

Así fue bautizada Jefferson en el largo prólogo de *Réquiem para una mujer,* y así se la encuentra, desde entonces y bajo el seudónimo de Oxford, en cualquier mapa de los Estados Unidos. Brotó, tal vez, con tanta seguridad de los cuentos y novelas de William Faulkner, que ahora se puede llegar al escenario real de su ficción, hablar con sus personajes, tocar las piedras de los mismos edificios que se levantaron con palabras y respirar el aire húmedo y vegetal de su mejor prosa barroca. Viven todos alimentando el mito, en tanto su creador —el novelista— yace bajo una lápida de mármol en el cementerio del pueblo desde el 6 de julio de 1962.

La ciudad terrestre de Oxford existe desde que Faulkner trazara el preciso plano de Jefferson, partiendo de su mismo centro geométrico: la plaza en que desemboca la autopista que la une con la no menos mítica Memphis. No importa si fue al revés y una copió a la otra; para el viajero que llega con su lectura del escritor como único equipaje, esto no es más que la escenificación real de lo que leyó primero.

La famosa comparación con la tragedia griega que formulara por primera vez André Malraux se impone: los distintos edificios son arquetipos, los personajes reales son símbolos. El escenario es único en su primer círculo concéntrico: una plaza cuadrangular, en cuyo centro se levanta el Tribunal de Justicia y sobre cuyos lados se abren, por orden, la iglesia, el hotel principal, la prisión, las oficinas del abogado y del médico, la gran tienda, donde se puede comprar de todo, y la farmacia, donde funciona —todavía hoy— la oficina de correos.

Estos son los lugares sagrados donde el individuo se funde con la comunidad, la trasciende, se somete a ella y vive en conflicto. Como la ciudad antigua, Oxford o Jefferson, está sometida al veredicto colectivo y el caso distinto, el que sobrepasa las leyes que la rigen, se impone directamente, puede prescindir de las instituciones regulares.

No es difícil ser uno mismo —lector visitante— un protagonista más de Faulkner por escasos días: «el intruso» que viola la comunidad, el

que desafía la obsesión de pureza que tiene Jefferson. Tal vez se pueda llegar como un Sutpen o un Snopes y pedir alojamiento en el mismo hotel Holston que se levanta a un lado de la plaza y donde Faulkner solía beber, recostado en su añejo mostrador de estaño, el mal whisky destilado unas millas al Norte.

Tal vez sea posible decidirlo una hora antes en Memphis, la ciudad donde empieza el Sur para los teóricos de las fronteras. Allí —noventa millas hacia el nordeste—, en la Babilonia santificada por la depravación, se puede decidir el ingreso al mundo de Faulkner: muchos de sus mitos nacen justamente en el hall de este hotel. Allí, junto a especialistas como William Boozer, se pueden empezar a hilar los primeros cabos de la ficción con la realidad.

En este hotel, donde celebran anualmente sus convenciones los plantadores de algodón y donde finas *boutiques* presentan a las señoras del Sur los artículos recién llegados del *Este,* a veces llegaba el propio Faulkner rompiendo el mundo cerrado de Oxford. A las orillas del estanque cubierto de su gran hall, donde nadan los patos multicolores que son un orgullo sureño, podía vérselo tal vez esperando que su sastre lo atendiera o lo llamara para probarse el *smoking* que llevó a Estocolmo para recibir el premio Nobel. Una espera que fue parcialmente inútil porque —como aún repiten las malas lenguas locales— el pobre sastre no supo cómo hacerlo y debió encargarlo por teléfono a Nueva York, a una gran tienda de confecciones.

En Memphis empezó esta huida de la realidad a la ficción, tal como concluyeron otras tantas de la ficción a la realidad en las novelas de Faulkner. A Memphis huyen los rateros, protagonistas de *Los rateros,* en el automóvil que robaron en Jefferson; ellos, como el Popeye de *Santuario* que oculta a Temple Drake en el «santuario» de miss Reba, huyen hacia Memphis. Y en Memphis, donde el nombre «monja» puede ser el apellido de una prostituta, empieza esta huida.

Quienquiera sea el viajero «intruso», huyendo de la realidad hacia la ficción, reconocerá en el trayecto de Memphis a Oxford los límites del increíble condado de Lafayette o de Yoknapatawpha: las cabañas de madera, pintadas de vivos colores, donde viven los negros o los pobres blancos, las mansiones de amplias verandas y portales de altas columnas, las plantaciones espectrales que han ido invadiendo con una vegetación lujuriosa las espléndidas ruinas de un pasado todavía visible. Verá cambiar el paisaje y cómo los grandes árboles van cubriendo con sus ramas todo atisbo de luz; tendrá —apenas deje la autopista— la sensación de que hay aún entre los montes de húmeda vegetación pequeños senderos por los que se puede caminar para descubrir lo into-

cado, lo que no ha sido mancillado por la civilización que se dejó atrás.

Luego llegará al ágora: a esa plaza donde pasa todo lo que sucede en Oxford, donde pasó todo en Jefferson. Se reconoce fácilmente, en su centro, el viejo Palacio de Justicia, cuadrado, macizo. Ante ese Palacio, sobre el cual hoy revolotean las palomas que anidan en su reloj de cuatro caras (cada una de las cuales marca una hora diferente para desconcierto o felicidad de todos los habitantes de Oxford), Horacio Bembow asistió impotente, en *Santuario,* al incendio de la prisión una noche de 1928. También Byron Bunch asistió, como aplastado testigo, al linchamiento de Joe Christmas, presunto asesino de Joana Burden, en *Luz de Agosto.* En esa plaza llega la primera gota de ambición diferente que representa Snope, acodado, como tantos pasajeros ahora, en la baranda de madera del hotel Holston. De ella puede decir Charles Mallison en *La ciudad:* «Nuestro pueblo fue fundado por anabaptistas arios y por los metodistas.» A un lado del Palacio de Justicia se ve el edificio más viejo de Oxford-Jefferson, probando el juicio del personaje novelesco: la pequeña iglesia episcopal fundada por Alec Holston, el mismo que luego daría el nombre al hotel. Junto al pastor protestante llegaría el Dr. Habersham, uno de cuyos descendientes aparece en *Intruso en el polvo* y cuyo modelo era un Dr. Isom de carne y hueso; también un francés, Louis Grenier, mercader de esclavos y primer plantador de algodón en el país. Antes de ellos, fue la prehistoria, el período indio que tal vez diera el nombre al condado de ficción: Yoknapatawpha.

Sin embargo, el Jefferson que hoy se puede ver es la obra de una segunda generación de blancos: los Sartoris, los Stevens, los Compson, los Mac Caslim y los Coldfield, los que levantaron ese Tribunal, esa prisión, ese Banco, que convirtió al pueblo de pioneros y anabaptistas en la aristocrática Jefferson.

Fue entonces cuando la ciudad entró en un breve período de prosperidad: se extendió, aparecieron las tiendas, las grandes casas-quinta de sus alrededores.

En la misma plaza central se descubren las huellas de esa época paradójicamente paradisíaca, donde los expoliadores y los mercaderes de esclavos pudieron vivir con buena conciencia, y en que los aventureros estaban más allá del bien y del mal. Charles Mallison lo podría contar con ingenuidad en *La ciudad.* A un lado de la plaza —por ejemplo— está el Banco que fundara el coronel John, abuelo del novelista, cuyo alter ego novelístico sería el irritable Coronel Sartoris.

Frente al Tribunal está el clásico monumento de todas las villas del Sur de los Estados Unidos: un soldado confederado, que en Oxford

fuera ofrendado por un pariente de Faulkner. La misma bandera sudista está izada hoy en un edificio lateral; es posible leer: Colegio Rebelde de Cosmetología. Bajo las arcadas y las rejas coloniales de los edificios laterales caminan, sin admirarse por los artesonados de madera, las compradoras de la tienda y almacén de ramos generales Neilson, fundada en 1839. Y sobre la pequeña callejuela lateral, hacia la que se abren viejos soportales, hay un pequeño espacio verde: allí juegan, olvidados del tiempo, apacibles partidas de damas algunos retirados.

Quizá el lugar más famoso es el *drug store*, que todavía dirige hoy Mack Reed, y adonde venía el propio Faulkner a comprar su periódico favorito: «El anuncio comercial de Memphis». Hoy, Mack vende postales, donde, algo más joven, aparece junto al premio Nobel. También cuenta a los visitantes su importante función secundaria: haber empaquetado durante años los originales de las novelas de Faulkner para enviarlas a los editores de Nueva York. «Los traía siempre con la misma modestia: cuando nadie lo conocía o cuando todo el mundo lo admiraba.»

Pero Oxford es una ciudad maldita: tiene un «pecado original», que Faulkner narra en «El Génesis» de *Réquiem para una mujer*. Es ciudad porque se compró administrativamente ese título con el dinero de un cofre robado; con quince dólares se levanta el Palacio de Justicia, el Tribunal con que un pueblo se habilita en ciudad. Irónicamente, en la contabilidad municipal esos quince dólares se imputan al rubro de compra de implementos para los pioneros que partían de Jefferson hacia la conquista del Oeste.

Pero, además, Oxford es una ciudad maldita porque ha mantenido durante décadas un coro silencioso de testigos que circulaban por la misma ágora en que las tragedias se desenvolvían: los negros. La presencia masiva y callada de los negros se hizo obsesiva, especialmente en los tiempos de cambio y de liberación, haciendo pesar sobre la ciudad un sentimiento de culpa ilevantable. Es el pecado original no redimido: la pasada esclavitud, el presente sojuzgamiento. La presencia del negro es un recuerdo permanente del pecado y de su castigo; no podía servir —como no sirvió en la obra de Faulkner— para otra cosa que para tragedias y remordimientos y un rencor entrelazándolos inextricablemente en un deseo de expiación y venganza.

William Boozer recuerda, como un historiador que intenta rescatar la realidad del fastuoso bagaje de ficciones y leyendas que pesan sobre ella, que Oxford (y no Jefferson) fue convertida en ciudad por un acto del poder legislativo de Mississippi. Antes había un episodio confuso, pero real: se compró a los indios chickasaw, el 12 de junio de 1836, un

pedazo de tierra para instalar sobre él un pueblo. Los pioneros fueron John Craign, John Crisholm y John Martin, a los que se habían unido otros, especialmente Ted Isom, un hirsuto explorador, famoso por otra razón: fue el primer blanco que llegó al condado de Lafayette como negociante de un arriesgado *trading post* fronterizo en la civilización india.

Pero cuando Oxford llegó a ser la Jefferson de las familias aristocráticas de plantadores de algodón y esclavistas, algo pulverizó la paradisíaca explotación: la guerra de Secesión. La violencia destruyó a los hombres de la violencia.

Después de la guerra, John Sartoris ya no será un personaje de novela: tendrá en *Los invictos* un monumento en el centro de la ciudad.

Las grandes familias detentarán todavía un falso poder; Sartoris construye su ferrocarril y se instala en su Banco. Sin embargo, el cisma ya estará desatado en su propia clase y se llamará decadencia. Ike Mac Caslim abandona su parte en la herencia para escapar a la maldición, en tanto Quentin Compson comienza en *Absalón, Absalón* la trágica meditación que lo llevará al suicidio en *El sonido y la furia.*

Oxford es hoy todavía el escenario de los pensamientos incestuosos de Henry Sutpen, que Quentin descubre a través de los relatos difíciles de Rosa Coldfield y de su propio padre en *El sonido y la furia.* Jefferson ya estaba sumida en el ciclo recurrente y maldito.

Entre 1920 y 1940, el poder se escapó definitivamente de las manos de las viejas familias. Esos años marcaron el ingreso de los Snopes: Flem se instala en la banca de los Sartoris, mientras otro Snopes será ministro del Senado y del Estado.

Los memoriosos de Oxford o las novelas *Luz de agosto, La ciudad, Santuario* o *El sonido y la furia* recuerdan los desastres individuales de las viejas familias, las peripecias del naufragio de una casta. Los supervivientes son víctimas de la tragedia o reducidos al papel de testigos desesperados, como Horacio Bembow o Gavin Stevens.

La ciudad—esta ciudad—intenta, sin embargo, una liberación; el asesinato de Flem Snopes a manos de su primo es algo más que un crimen, es un símbolo. El mundo del provecho se elimina y la historia parece abrirse hacia otro inesperado nivel más humano. Pero esa historia —que cuenta *La mansión*— es abruptamente interrumpida: Faulkner muere antes de haberla liberado totalmente en la ficción. La realidad se encargará de ayudarlo póstumamente: Oxford será el escenario sangriento donde la liberación de los negros tendrá algunos de sus capítulos más trágicos en la década del sesenta. Oxford se hará famosa por algo más que Jefferson. Alguien recordará el barrio negro, Freedman Town, de *Luz de agosto,* avanzando hacia el centro

intocado de los blancos, borrando las líneas divisorias del mismo William Faulkner, pasando sobre su propia tumba en el cementerio, donde Gavin Stevens cree todavía salvar «la resistencia del viejo poblado, concentrada alrededor de dos símbolos: la cruz de los vivos en la iglesia, la de los muertos en el camposanto».

Ahora puede parecer fácil, al recorrer las calles de Oxford, reconocer el mundo de Jefferson. Sin embargo, antes de la proyección novelesca debía ser una pequeña sociedad provincial sin muchos alicientes. Recelosas, las familias aparentemente respetables debieron esconder con cuidado las historias que todos —y William Faulkner— conocían: las intrigas tomando el lugar del amor, la ambición disputando a la pasión, la ambigüedad de las relaciones familiares, la licenciosidad presentada como virtud. Una sociedad provincial que, como el Chaminadour de Jouhandeau, sirvió de punto de partida para una magnífica construcción novelesca. El microcosmos del Sur de los Estados Unidos, al cristalizarse en ficción, se proyecta hacia el mundo como un símbolo universal de las pasiones humanas exasperadas al grado más rico que su propia ruina y desolación permiten.

Willim Faulkner —con una Biblia y las obras completas de Dostoyevski en su biblioteca— opera ese extraño milagro genial desde la misma Oxford. Su casa —la famosa Rowen Oak, convertida hoy en centro de un continuo peregrinaje de admiradores— está a cinco cuadras del escenario central de sus tragedias. Y la vieja mansión es también un círculo concéntrico del mismo universo donde se mezcla la ficción y la realidad: tiene su propia historia, uncida a la de Oxford, superpuesta a la de Jefferson. Allí también puede ir el visitante «intruso».

En el centro de un gran terreno de ondulante pasto verde y ensombrecida por una amplia avenida de viejos cedros se levanta la vieja casona. Fue construida en 1840, y se aparece como escapada de un nostálgico grabado típicamente sudista: frente blanco con altas columnas tradicionales, verandas cubiertas y ventanales abiertos a balcones en los dos lados. Construida en un estilo colonial típico, como lo es su réplica novelesca en *El sonido y la furia* o algo más recargadamente suntuosa en *La mansión,* Rowen Oak tiene también algo de común simplicidad, que la propia personalidad de Faulkner logró diferenciar particularmente. Es tal vez en el jardín del fondo donde pueden reconocerse algunas de sus preocupaciones: el gusto por los rosales, los matorrales recortados con variadas formas al estilo de los jardines italianos y un peral de origen japonés, sobre el que pesa una leyenda cierta.

Todavía hoy —bajo la administración burocrática de la Universidad de Oxford— es posible ver el peral atado a un recio tutor, perceptible en el añoso tronco del frutal la quebradura que lo llevara a ser, entre más de doscientos árboles, el favorito de Faulkner. Quebrado en un ventoso temporal, el peral logró sobrevivir y, lentamente, volvió a enderezar su tronco. Faulkner admiraría en ese proceso la capacidad de resistencia y restablecimiento de un árbol, símbolo que se repitiera en numerosas oportunidades en términos humanos.

También en el otro lado de la casa está la huella del escritor: una amplia caballeriza con un ruedo anexo, donde tenía a sus caballos predilectos y desde donde salía en sus largos paseos ecuestres. «Se creía mejor jinete de lo que era en realidad», repite el aristócrata Phil Stone a todo aquel que quiera oírle narrar anécdotas del escritor.

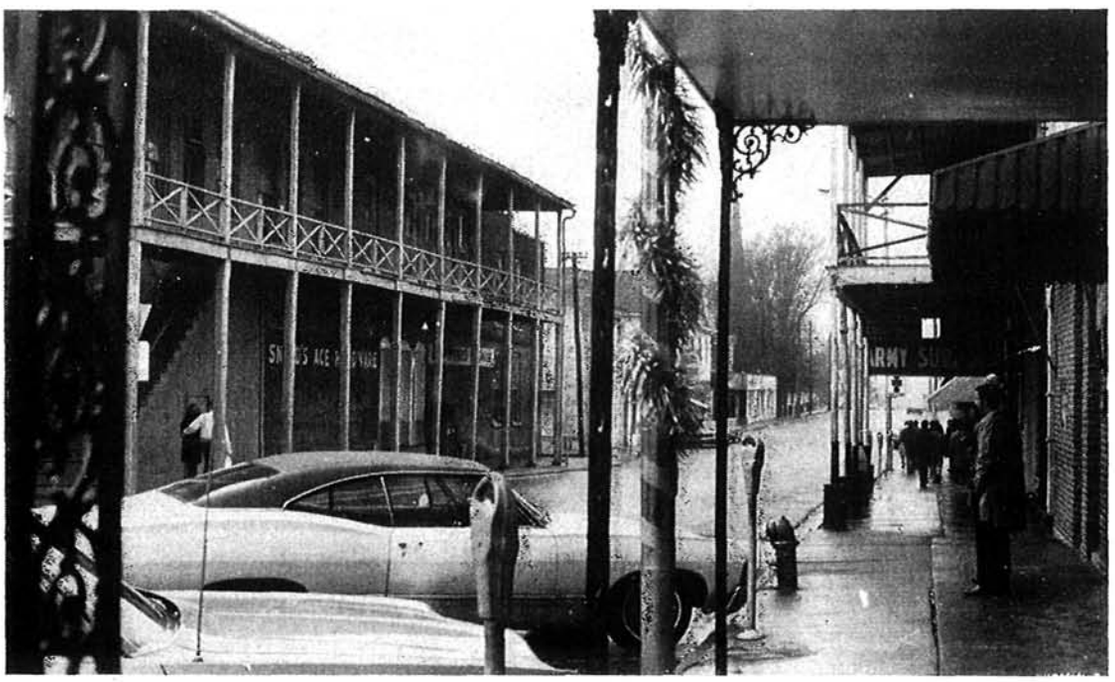
«No soy un novelista; soy un granjero», había dicho el propio Faulkner a Stone y a muchos periodistas. La verdad es que los vecinos tampoco lo creían un buen agricultor, y sólo le admitían la condición que él minimizaba: la de escritor. La polémica está aún abierta: los que dicen que William Faulkner era un vecino normal, porque gustaba de la caza (como ellos), de los caballos (como ellos), y de la agricultura (como ellos), y un vecino excéntrico, porque escribía durante muchas horas y se aparecía introvertido, arisco y taciturno cuando tenía alguna obra entre manos.

Un gesticulante plomero de Oxford recuerda todavía con palabras superlativas cómo un día fue a arreglar una cañería y vio a Faulkner escribiendo en el jardín. «No me saludó —puntualiza, como si aún no le hubiera podido perdonar la falta de educación—; pero lo más raro fue que mientras estuve trabajando en el interior de la casa estalló un temporal y una fuerte lluvia no dejó ni un centímetro sin mojar. Pues bueno, al salir yo pude verlo a ese señor escribiendo todavía, completamente empapado y sin haberse dado cuenta, aparentemente, del temporal que había sacudido su casa. Y tampoco me saludó cuando me fui.»

«El era muy bueno con los niños —diría, sin embargo, Maggie Brown, la misma que hoy cocina un desayuno al estilo Faulkner los días en que su marido sale a cazar—. Era tan bueno que una vez tuvo un niño enfermo de una familia pobre y lo cuidó personalmente alrededor de un año, hasta que se recuperó totalmente. En la convalecencia le contó muchos cuentos.»

Contar cuentos a los niños era una de sus debilidades, y los amigos de su hija Jill todavía recuerdan los que hilvanaba las noches de «brujas», en las noches tradicionales del Hallowen.

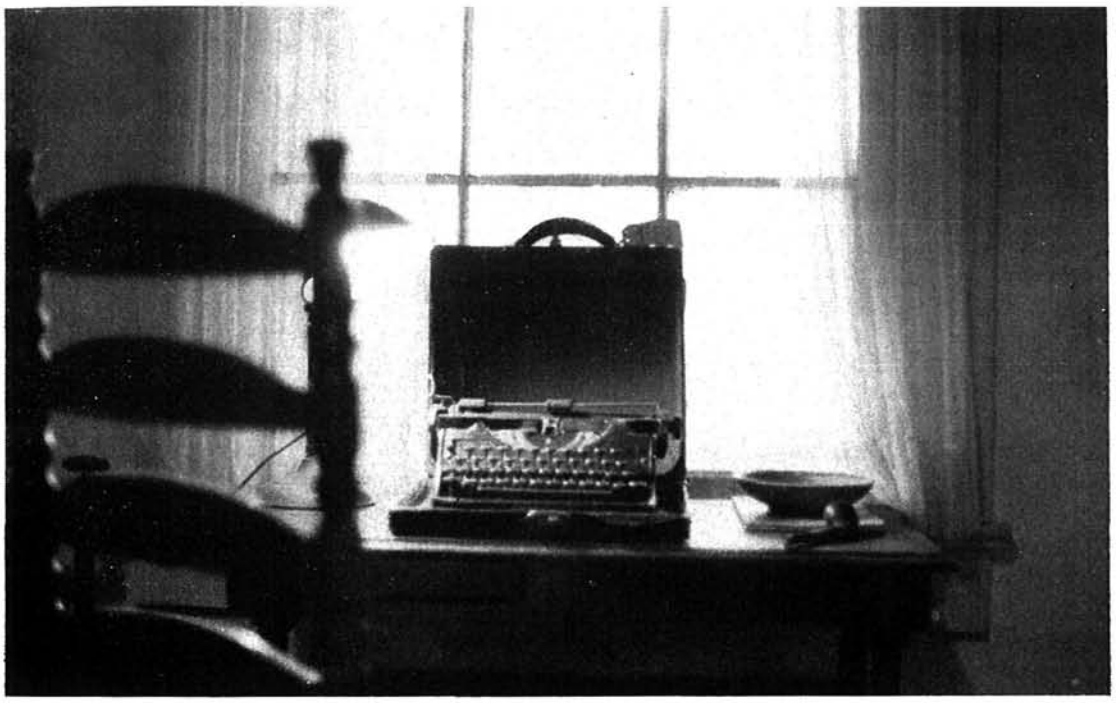
La corte de Oxford: levantada con dineros robados; frente a sus puertas se han agolpado varias tragedias de Faulkner



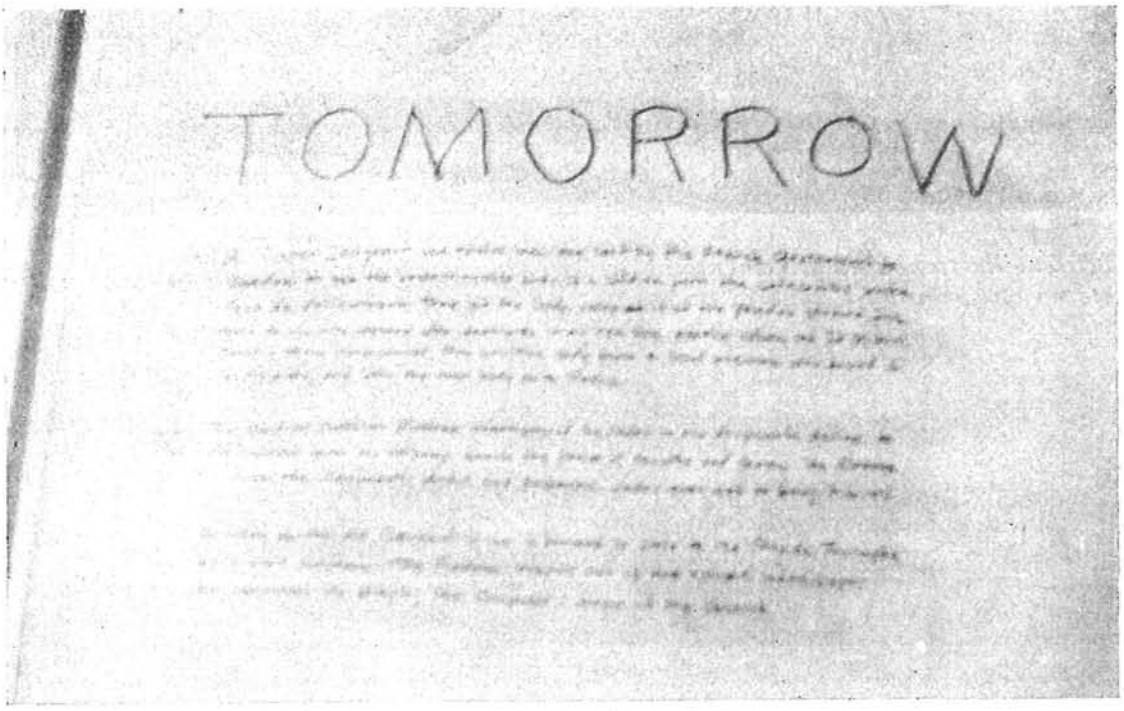
Las calles cubiertas, como galerías que rodean el «ágora», por donde transitan personajes e «intrusos»

La casa del viejo abogado y amigo G. A. Gafford, adonde venía a buscar historias Faulkner

Al costado de la casa del escritor está todavía el peral caído, sostenido por un tutor, que Faulkner admirara por su resistencia y entereza en vencer la adversidad

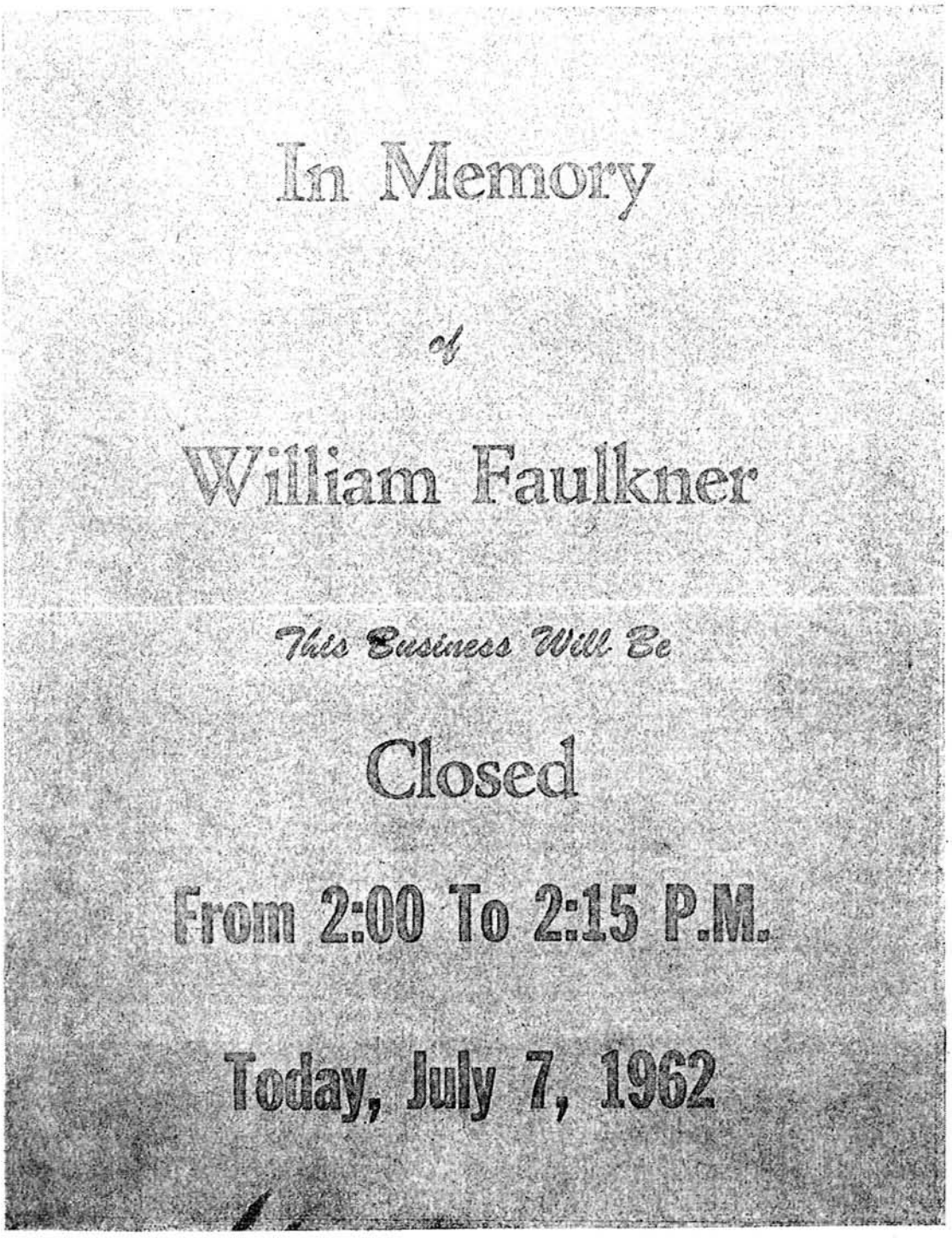


La máquina de escribir del novelista, su pipa, tal como quedó el día su muerte: abierta frente a la ventana de su jardín

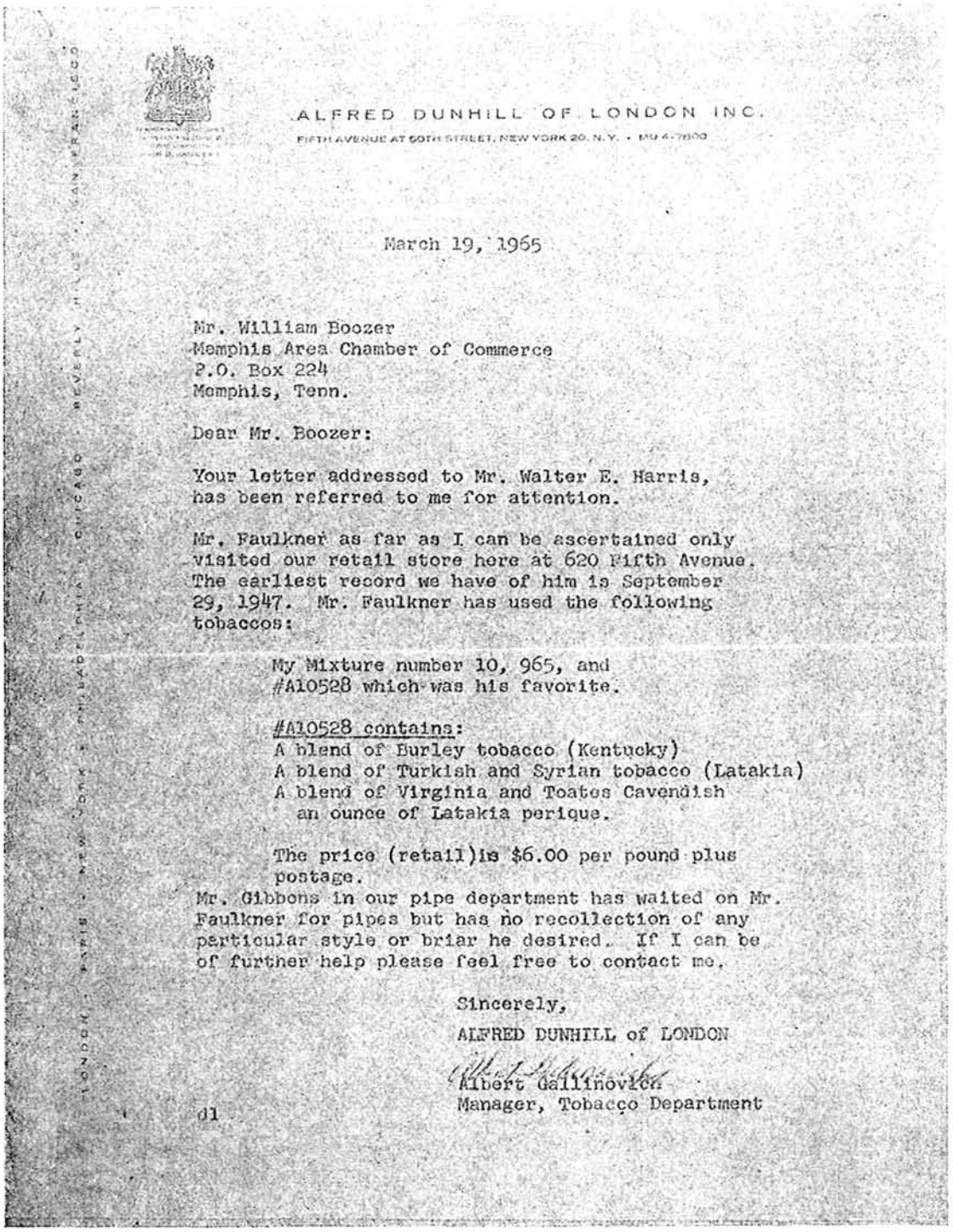


Parte del plan de Una fábula, *escrito en una de las paredes del dormitorio del novelista*

La sencilla tumba en el cementerio de Oxford: un reposo eterno en su propio escenario



A la muerte del novelista, los negocios de Oxford estuvieron
únicamente cerrados quince minutos:
el tiempo justo para que pasara el cortejo fúnebre



ALFRED DUNHILL OF LONDON INC.
FIFTH AVENUE AT 50TH STREET, NEW YORK 20, N.Y. • MU 4-7800

March 19, 1965

Mr. William Boozer
Memphis Area Chamber of Commerce
P.O. Box 224
Memphis, Tenn.

Dear Mr. Boozer:

Your letter addressed to Mr. Walter E. Harris, has been referred to me for attention.

Mr. Faulkner as far as I can be ascertained only visited our retail store here at 620 Fifth Avenue. The earliest record we have of him is September 29, 1947. Mr. Faulkner has used the following tobaccos:

My Mixture number 10, 965, and
#A10528 which was his favorite.

#A10528 contains:
A blend of Burley tobacco (Kentucky)
A blend of Turkish and Syrian tobacco (Latakia)
A blend of Virginia and Toates Cavendish
an ounce of Latakia perique.

The price (retail)is $6.00 per pound plus postage.

Mr. Gibbons in our pipe department has waited on Mr. Faulkner for pipes but has no recollection of any particular style or briar he desired. If I can be of further help please feel free to contact me.

Sincerely,

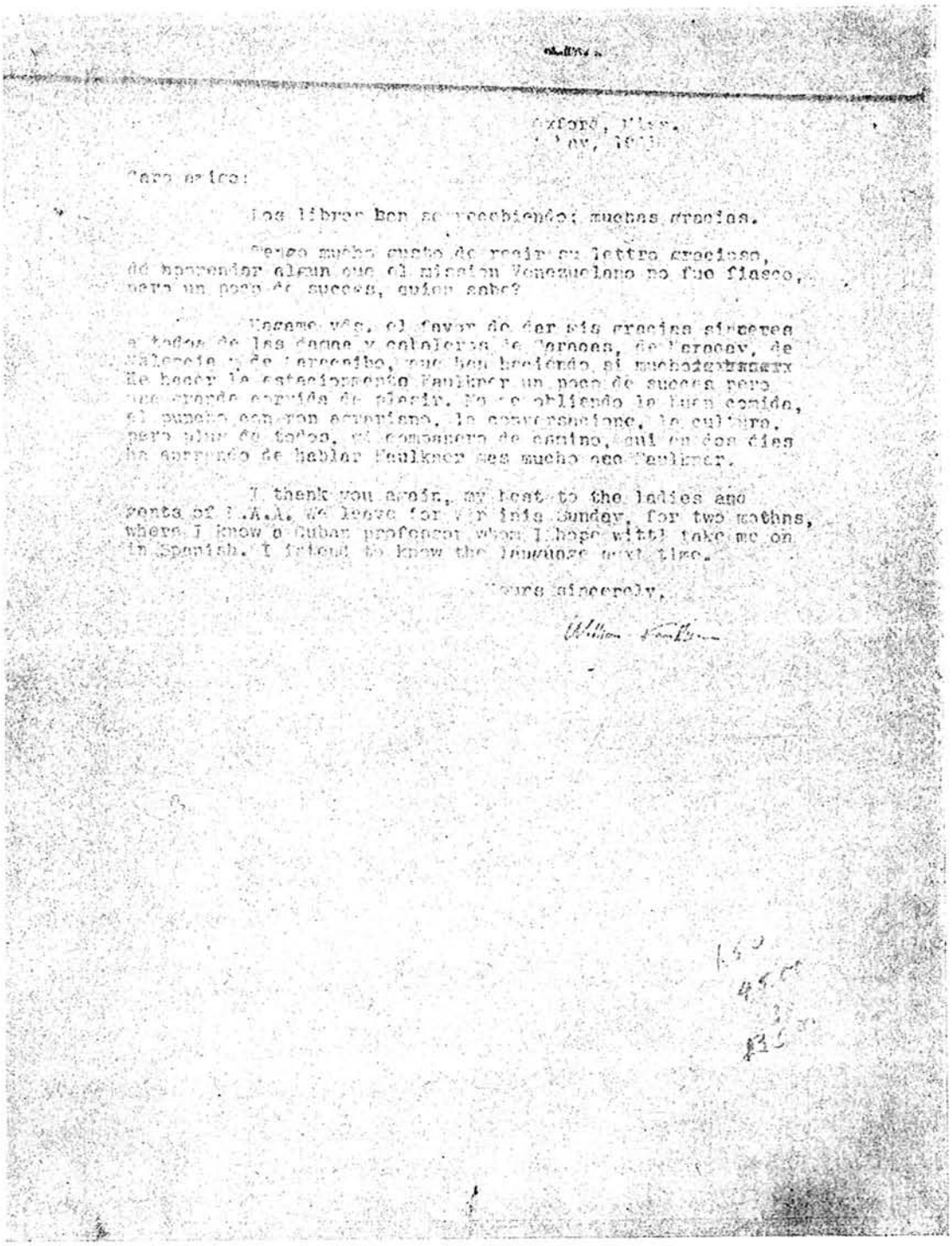
ALFRED DUNHILL of LONDON

Albert Gallinovich
Manager, Tobacco Department

dl

LONDON · PARIS · NEW YORK · PHILADELPHIA · CHICAGO · BEVERLY HILLS · SAN FRANCISCO

Carta que enviara la casa Dunhill, revelando la fórmula del tabaco de pipa que fumaba Faulkner, a un erudito de Memphis: William Boozer



Oxford, Miss.
[illegible] May, 19[illegible]

Caro amigo:

Los libros han sorprecebiendo; muchas gracias.

Tengo mucho gusto de recir su lettro gracioso, de aprendar algun que el mission Venezuelano no fue fiasco, pero un poco de succes, quien sabe?

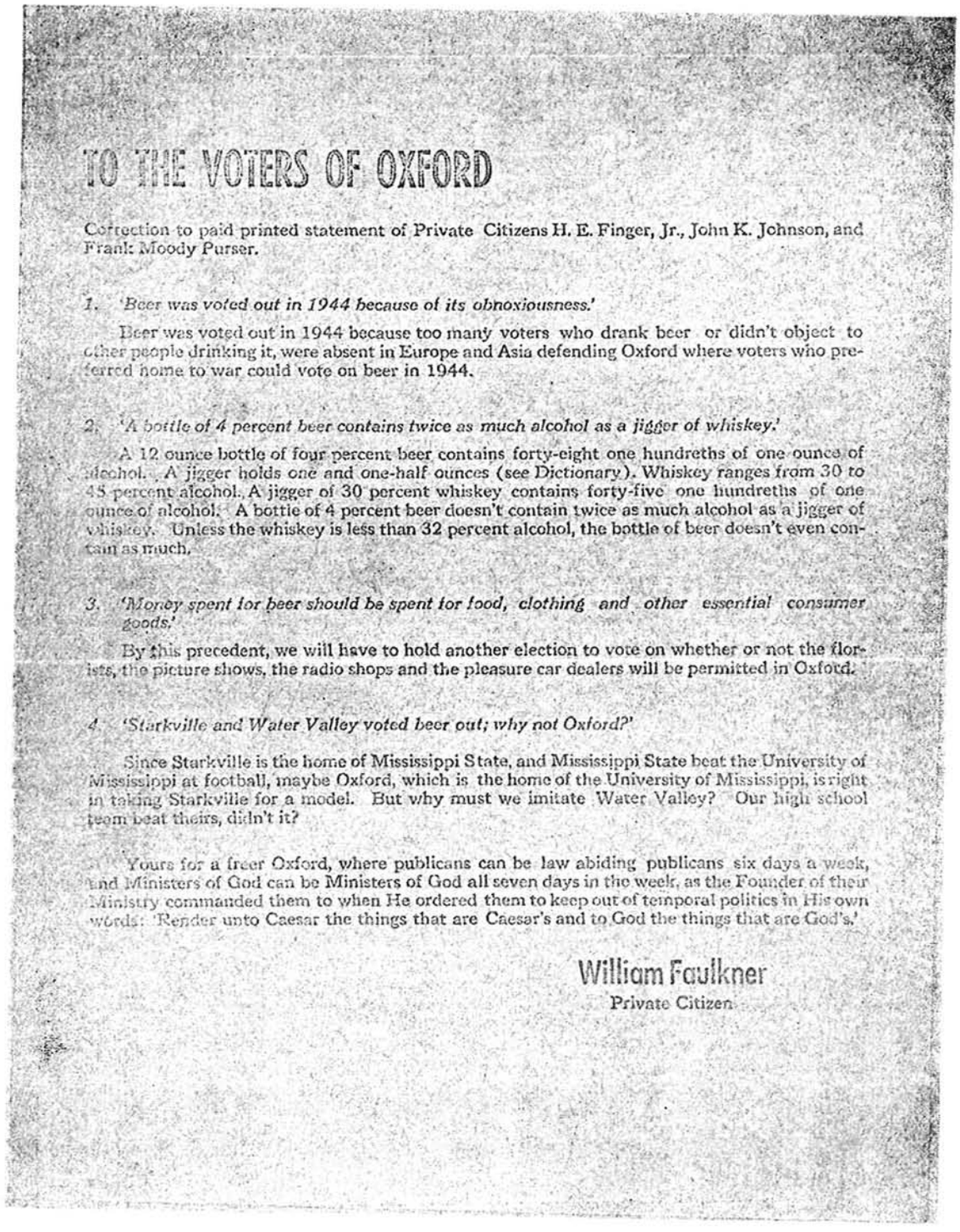
Hagame vds. el favor de dar mis gracias sinceres a todos de las damas y caballeros de Caracas, de Maracay, de Valencia y de Maracaibo, que han haciendo si mucho[illegible] He hacer la estacionamento Faulkner un poco de succes pero una grande corrida de plasir. No me obliendo la buen comida, el puncho con ron agrariano, la conversacione, la cultura, pero plus de todos, mi compañero de camino, qui en dos dias ha aprendo de hablar Faulkner mas mucho que Faulkner.

I thank you again, my best to the ladies and gents of U.A.A. We leave for Virginia Sunday, for two mothns, where I know a Cuban professor whom I hope wittl take me on in Spanish. I intend to know the language next time.

Yours sincerely,

William Faulkner

Carta inédita hasta ahora y con la firma del escritor en que, bromeando, intenta escribir en un castellano «macarrónico» a un norteamericano, John Webber, radicado en Venezuela. La carta fue escrita poco después de que Faulkner viajara a Venezuela, única visita que cumpliera a un país hispánico



TO THE VOTERS OF OXFORD

Correction to paid printed statement of Private Citizens H. E. Finger, Jr., John K. Johnson, and Frank Moody Purser.

1. *'Beer was voted out in 1944 because of its obnoxiousness.'*

Beer was voted out in 1944 because too many voters who drank beer or didn't object to other people drinking it, were absent in Europe and Asia defending Oxford where voters who preferred home to war could vote on beer in 1944.

2. *'A bottle of 4 percent beer contains twice as much alcohol as a jigger of whiskey.'*

A 12 ounce bottle of four percent beer contains forty-eight one hundreths of one ounce of alcohol. A jigger holds one and one-half ounces (see Dictionary). Whiskey ranges from 30 to 45 percent alcohol. A jigger of 30 percent whiskey contains forty-five one hundreths of one ounce of alcohol. A bottle of 4 percent beer doesn't contain twice as much alcohol as a jigger of whiskey. Unless the whiskey is less than 32 percent alcohol, the bottle of beer doesn't even contain as much.

3. *'Money spent for beer should be spent for food, clothing and other essential consumer goods.'*

By this precedent, we will have to hold another election to vote on whether or not the florists, the picture shows, the radio shops and the pleasure car dealers will be permitted in Oxford.

4. *'Starkville and Water Valley voted beer out; why not Oxford?'*

Since Starkville is the home of Mississippi State, and Mississippi State beat the University of Mississippi at football, maybe Oxford, which is the home of the University of Mississippi, is right in taking Starkville for a model. But why must we imitate Water Valley? Our high school team beat theirs, didn't it?

Yours for a freer Oxford, where publicans can be law abiding publicans six days a week, and Ministers of God can be Ministers of God all seven days in the week, as the Founder of their Ministry commanded them to when He ordered them to keep out of temporal politics in His own words: 'Render unto Caesar the things that are Caesar's and to God the things that are God's.'

William Faulkner
Private Citizen

Proclama humorística, pero con mucha «punta», de Faulkner contra quienes querían proscribir la venta de cerveza en Oxford

«La personalidad de Faulkner estaba en cosas aparentemente secundarias» —explica el guía Boozer, abriendo, en compañía del tutor de los bienes del escritor, James Webb, la pesada puerta de entrada de la casa—. Con ello, excusa un cierto mal gusto evidente en mobiliario y la expresiva distribución de la simple planta baja: un comedor tradicional, un *living room* sin muchos libros, retratos del propio escritor o de su abuelo «el Coronel», y su ascético cuarto de trabajo. Las cosas secundarias resultan ser: una estatuilla del Quijote, hecha en madera tropical, que le fuera regalada en oportunidad de su visita a Venezuela; un par de pipas ordinarias, en las que fumaba una exquisita mezcla especial que le preparaba la casa Dunhill, de Londres, y una vieja máquina de escribir, semiportátil, que acarreaba a todos los rincones del predio donde se le ocurría escribir o que, simplemente, estaba en el mismo lugar en que está hoy en día, ante una ventana que da a la caballeriza y sobre una pequeña mesa de estilo colonial. «Ya lo ve, cosa ssecundarias, pero insustituibles.»

Tal vez lo más secundario resulta lo más significativo. En las paredes de su cuarto de trabajo no hay cuadros, pero sí garabatos que, observados en detalle, resultan ser el plan de la obra que Faulkner secretamente consideraba su plan más ambicioso; los días de la semana de Pasión, de lunes a domingo, en que se divide una fábula. Allí escribió su plan: en las propias paredes de su gabinete de trabajo, y allí mismo frustró buena parte del mismo, ya que la novela nunca fue lo que Faulkner quiso que fuera.

Pero en Oxford pocos saben de Jefferson. Es como si los personajes se negaran a serlo, aun sabiendo que si viven como tales es por obra de Faulkner. «Aquí empezamos por no leerlo —dicen sin rencor—, y la verdad es que no entendemos muchos sus ambiciones. Nosotros sólo pensamos en mantener con dignidad un rango en nuestra sociedad, cumplir los deberes que tenemos como ciudadanos y como hombres de la Iglesia. Fieles y miembros de la comunidad, eso somos», repiten sin generalizar.

Tal vez Faulkner dejó de ser un hombre extraño el día en que llegó un equipo de Hollywood, con el galán Steve Mac Queen al frente, a filmar una novela del escritor —*Los rateros*—, en su propio escenario. «Allí algunos nos dimos cuenta de que teníamos a un vecino importante —resaltan—. Por eso no le perdonamos nunca que no nos hubiera dicho que ya era famoso de antes. A veces pensamos si no tenía vergüenza por ser escritor.»

El propio sobrino de William, Jimmy Faulkner, un acaudalado granjero de verdad, no es más generoso con su tío que el anónimo vecindario: «El tío Bill no hizo sino armar con habilidad un cierto nú-

mero de historias que todos conocíamos de memoria: la gesta de su abuelo el Coronel, la fundación de la banca local, la construcción del ferrocarril y todo lo que tiene cualquier ciudad del Sur como ésta. Tomaba elementos de la vida cotidiana y los agrandaba a su gusto. Le pongo dos ejemplos claros. En *Los rateros* cuenta cómo un astuto labriego transformó un pedazo de camino en un pantano para alquilar sus mulas a los autos que se quedaban embarrados. Pues bueno, eso lo hizo un viejo que conocíamos todos: ¿dónde está la gracia del escritor? Hay otra historia que tío Bill repite en casi todas sus novelas: la prohibición del abuelo John impidiendo que circularan autos en el pueblo. Esa ordenanza municipal es cierta, y el abuelo John se vanagloriaba que en su Banco nunca se le había dado un préstamo al propietario de un automóvil.»

El sobrino Jimmy es medio chismoso —según otro vecino— y el «intruso» visitante que logra granjearse su confianza puede hacerse depositario de secretos que «sólo su tío conocía». Con gestos de polichinela, los repite con la promesa de que nunca serán escritos: tal licenciosa protagonista es la respetable «señora de», tal historia responde a cual realidad. Con una guiñada cómplice puede hacer notar los burdos parecidos entre el apellido novelesco Colfiel con el real Cafield, y así sucesivamente.

Más amable, pero preocupado porque Faulkner usaba «un lenguaje exagerado y a veces cruel», Phil Stone —un amigo personal del escritor—, lo define como «un hombre que amaba su suelo natal y prefería a su pueblo sobre cualquier otro. Es el corazón simple de un muchacho peleando con la vida desde una hoja de papel en la que empezó a escribir». Satisfecho con la frase literaria que él mismo acaba de decir, Stone proclama con un intenso chauvinismo que amablemente Ole Miss y su encanto nos viene de la época de la guerra de Secesión. Si se le pregunta por el Sur y su reconocida violencia, Phil mira asombrado a su alrededor: «Esto no es el puro Sur de que usted me habla. Aquí hay un perfume diferente que cuesta percibir y distinguir. Eso sólo se logra con el tiempo; por eso los forasteros odian la ciudad, y los residentes vivimos muy felices. Vea, el propio William la quería, aunque escribiera contra ella. Una vez que fue a Nueva York me mandó una postal del Empire State con estas palabras: "Siento lástima por todos estos millones de seres de aquí, porque no viven en Oxford como tú y yo."»

Hay quien dice que Faulkner veía en el peral de su jardín, resistiendo a la fractura de su propio tronco, el símbolo de los humildes del condado: los que trabajan sin esperanzas contra todas las dificultades. Hay quienes señalan a la familia Bundren de sus novelas como la re-

presentación de ese símbolo. Pero hay quienes van más lejos y miran hacia el coro silencioso de los negros que rodea el mundo de la minoría blanca de Oxford.

Un hecho es cierto: que los negros lo querían y lo quieren todavía con un amor tan humilde como el que puede transmitir un empleado de la cafetería de la Universidad, acodado en el mostrador y echado su gorro de papel hacia adelante con el nervioso gesto que el nombre de Faulkner le provoca. Clifton Bondurante Webb era un niño que vio lo que vio, pero no se olvida.

«En la casa de Faulkner siempre hubo negros, y uno de ellos fue Callie Barr, su *nurse mammy,* cuando el mismo Faulkner era un niño. A ella le dedicó su libro *Desciende Moisés,* y ella era como de la familia, al punto de que el día que murió, cuando tenía justo cien años, en 1940, se decidió que el velatorio sería en el propio *living room* de la casa. ¿Entiende usted? Una negra que nació esclava, que luego fue libre, termina velada en la pieza principal de la casa de su amo. Yo vi cómo Faulkner lloraba junto a su ataúd y puedo recordar todavía cómo le dijo a un viejo cantor de *blues,* con su áspera voz, velada por la emoción: "por favor, cante bajito para la dulce Callie". Y el negro viejo cantó allí mismo, bajito y también emocionado, para la dulce Callie.»

Clifton vuelve a echarse el gorro para adelante:

«Ella era como una jefa en la casa de él, y él la dejaba serlo. ¿No es eso querer a los negros? Dígame la verdad.»

Quererlos y usarlos, añaden los expertos como James Webb, poniendo por delante la lista de personajes negros de las novelas y cuentos de Faulkner, donde Callie aparece como Dilsey, la sirvienta negra de *El sonido y la furia.*

Los universitarios como Webb no le perdonan muchas cosas al famoso escritor. Por lo pronto, que haya desconocido a la propia Universidad que ahora tutela sus bienes. «Eramos vecinos, pero nunca puso a nuestra casa de estudios en sus novelas. Jefferson no tiene Universidad, aunque Oxford la tuviera y con cierta fama en el Sur.» El mismo Webb —autor de un libro sobre Faulkner en Oxford— ha recorrido inútilmente la obra de su vecino buscando alguna referencia. «Sólo Temple Drake es estudiante en *Santuario* y más valdría que no lo fuera. Sólo Quentin Compson llega a la universidad, pero lo hace en Harvard, bastante lejos de nuestra Oxford.»

Una maestra, Robbie Eades, parece ser más condescendiente. Ella oyó historias del alumno William Faulkner cuando como niño concurría a la escuela elemental de Oxford y las repite ahora, como si

ella misma hubiera dado clases al futuro premio Nobel. «William tenía un talento artístico heredado de su abuela. Sus hermanos Dean y John también pintaban como su madre. Era una familia con predisposición para las artes.»

William —según Robbie— ya escribía de pequeño, y un compañero de juegos como John Ralph Markette lo puede ratificar de un modo indirecto. Cuenta: «Mi padre era ingeniero en locomotoras y paraba en muchas estaciones del trayecto entre Memphis y una ciudad de más al Sur. Lo hacía también en Oxford. Muchas veces, Bill venía con nosotros en la locomotora y disfrutaba con el viaje, imaginando historias de los pasajeros que no conocía y de los pueblos por los que pasábamos. "Algún día las escribiré", decía tosiendo por el hollín. Parece que cumplió la promesa, ¿no?» Y Ralph lanza una gran risotada.

Otra profesora de la Universidad —Maud Morrow Brown— parece no perdonarle algo al famoso escritor: «Nunca terminó sus estudios. Se dejaba estar demasiado ese joven William, al que sus compinches llamaban Bill. ¿Sabe lo que decía con ignorante insolencia?, pues que un hombre no puede ser educado para ser feliz, y la felicidad era lo único que le importaba lograr.»

Feliz o no, William Faulkner creó el mundo que hoy vive gracias a él, y desde cuyas calles, jardines o bosques silenciosos se proyectó universalmente la pequeña comarca. «Fue un poeta», le perdonan los comerciantes. «Mintió a sabiendas y sufrió por ello», puntualizan los profesores sin imaginación. «Mostró verdades al mundo y no hechos», explican los pocos que entienden su obra: «Hechos y verdades tienen muy poco en común —añaden, repitiendo palabras del propio Faulkner—. La verdad es la suma de cosas que invitan al hombre para la inmortalidad, que lo hacen generoso a despecho de sí mismo o valiente cuando obtendría más ventajas siendo un cobarde.»

Esa verdad es la única que le importó al escritor. Tal vez rastrear esa verdad en los hechos cotidianos de Jefferson-Oxford haya sido motivo suficiente para haber llegado desde tan lejos al rincón en que vivió Faulkner. Suficiente su rastreo, porque nunca más podrá ser hallada su poesía y los mitos en que la encarnara entre tanto polvo, mediocridad y pequeños odios con que aparece signada su suerte hoy en día.

¿Arrastrará Oxford su pecado original, sin volver a ser —nunca más— el Jefferson del poeta que yace en su propio suelo? De no alimentar el mito de la ficción con que fue investida ciudad universal,

Oxford volverá a ser un anónimo punto del mapa de los Estados Unidos. Esta es la maldición que dejan caer los «intrusos» cuando son expulsados del paraíso, y así lo hizo este visitante un cálido atardecer en que salió de la hermosa ficción a la cansina realidad. El guía Boozer dio la razón; pero él volvía al día siguiente con un escritor francés —Marcel Cohen— a repetirle parte de la misma comedia.—

FERNANDO AINSA

Rimac, 1732
MONTEVIDEO